

CAPÍTULO 29. CARTA N° 29.

Usted no contesta, querida amiga, y yo me debato en la oscuridad sin poder saber si está enfadada o, como se dice, no tiene usted tiempo. Voy a continuar, a la buena ventura, hablándole a usted de los animales, aun cuando todavía no sé si está de acuerdo con la publicación de las cartas con errores o no.

Le hablé usted de sus sensaciones ante la presencia de un ratón, pero no le dije ni la mitad. Si el ratón representase solamente el correr y esconderse debajo de las faldas, el miedo no sería tan extremadamente grande como lo es en realidad. El ratón, como animal goloso, es símbolo viviente del onanismo y, como consecuencia, también de la castración. Con otras palabras: la muchacha tiene la vaga idea: ahí va en cuatro patas mi rabito; como castigo me lo han quitado y, como castigo, le han dado vida propia.

Ahí tiene usted un ejemplo de creencia en los fantasmas, de superstición. Si uno se pone a investigar las historias de fantasmas acaba topando muy pronto con el problema del erotismo y la culpa.

Ahí tiene usted un ejemplo de creencia en los fantasmas, de superstición. Si uno se pone a investigar las historias de fantasmas acaba topando muy pronto con el problema del erotismo y la culpa.

Esa extraña simbolización del ratón como miembro viril viviente con la propiedad de andar husmeando por todas partes y pasar como una exhalación me lleva a pensar en un animal emparentado con el ratón, a saber, la rata, que junto con el lobo y el gato se presenta como símbolo de castración. Es llamativo que esta forma sea la más terrible y repelente de todas. De por sí es la rata menos peligrosa que el lobo e incluso que el gato. Pero tiene la propiedad de aunar en sí ambas direcciones, la castración dirigida contra el padre y la castración dirigida contra el niño. Como anda royendo todo lo que sobresale, resulta un animal peligroso para el rabito y la nariz del niño, pero por su forma y modo de ser es el rabo del padre cortado y personificado el fantasma del sacrílego deseo que pone en peligro la masculinidad del padre. Y como se inmiscuye en todo y le gusta lo oscuro es, a la vez, la culpa simbólica y la impertinente curiosidad de los padres. Vive en el sótano, la alcantarilla, en la mujer. Odiosa, odiosa.

En la oscuridad del sótano vive también el sapo, húmedo y gelatinoso. Y la creencia popular lo considera venenoso. Sapos pequeños, sapos bonitos, es algo que no vale para la luz del día, es el pequeño animalito de esas pollitas ya algo mayores que todavía no posee el calor continuado del amor, que únicamente está húmedo de oculta concupiscencia. Como símbolo contrapuesto tenemos al ratón veloz, la muchacha precoz de suave piel a quien le gusta el tocino. E inmediatamente aparece la palabra gatita, utilizada en todos los idiomas, haciendo referencia a la suave y seductora pelambre del femenino pubis, como expresión para designar los genitales mismos y la flexible hembra, verdadero “chat noir”, gato que caza ratones, juega con ellos y los come, lo mismo que la mujer con sus partes hambrientas se traga el ratoncito del hombre.

¿Ha visto usted los dibujos infantiles de los genitales femeninos pintados por muchachos adolescentes de necia concupiscencia en bancos y paredes? Ahí tiene usted la aparición de la palabra “pollita” para designar a la muchachita amable y querida; pero también resulta claro por qué se utiliza la palabra araña para injuriar a la mujer, la araña, que tiene redes y le chupa la sangre a la mosca. El conocido proverbio de las arañas: “matin chagrin, soir espoir”, define la postura de la mujer frente a la sexualidad. Cuanto más ardiente ha sido el torbellino de la noche de amores, tanto más atemorizada mira ella a la mañana siguiente, cuando despierta, al varón. “¿Qué pensará él ahora de mí y de mi desatada pasión?” Pues cada vez más la vida fuerza a la mujer a un nivel anímico que parece condenar todo sexual placer.

Los símbolos son ambiguos: el árbol, considerando su tronco, es un símbolo fálico, un símbolo muy decente y tolerado por la costumbre. La señorita más pudorosa no se recata de contemplar el árbol genealógico de su familia en la pared, aun cuando no puede menos de saber que del dibujo apuntan con toda su pujante

fuerza los cien órganos generadores de todos sus antepasados. Pero el árbol se convierte en un símbolo femenino desde el momento en que aparece la idea del fruto, se convierte en “la encina”, “el haya”... Antes de que lo olvide: desde hace algunas semanas sigo la broma de preguntarle a todos los inquilinos de mi clínica qué árboles son los que están a la entrada de la misma. Hasta el presente nadie me ha dado una respuesta correcta. Son “abedules”. En ellos crece la rama de la que se hace el azote, el tan temido y mucho más deseado azote, pues en todas las travesuras de niños y mayores se esconde viva la nostalgia por el rojo escozor del azote. Y a la entrada principal, de modo que cualquiera tropieza, hay un mojón redondo y levantado como un falo. Tampoco lo ve nadie. Es la piedra de tropiezo y de escándalo.

Perdone por la interrupción. Hay también otros símbolos que son igualmente ambiguos. Por ejemplo, el ojo, que despide y recoge rayos, o el sol, que es madre en su fecundidad y varón y héroe en el amarillo dorado de sus rayos. Lo mismo acontece con los animales, ante todo con el caballo, que puede ser una mujer sobre la que se cabalga, que, durante el embarazo, transporta el fruto de su vientre, pero que puede simbolizar también al hombre, que porta y soporta el peso de la familia y sobre cuyos hombros y rodillas retoza el niño loco de alegría.

Esta doble aplicación simbólica de los animales apoya un raro proceder de mi inconsciencia que proviene del complejo de castración. Cuando paso al lado de un carro tirado por animales vacunos, no sé si los que tiran del carro son bueyes o vacas. Tengo que ponerme a buscar durante un rato hasta que consigo dar con los caracteres diferenciadores. Esto no me pasa sólo a mí, sino también a muchos otros, y las personas que pueden distinguir enseguida si el canario que tienen delante de ellas es macho o hembra son precisamente pocas. Mi caso va un poco más lejos. Cuando veo un gallinero puedo distinguir inmediatamente el gallo grande de sus gallinas, pero si hay gallos jóvenes me resulta difícil distinguirlos y, en caso de encontrar a una gallina sola, me tengo que limitar a adivinar de qué sexo es. No recuerdo jamás haber visto conscientemente un caballo semental, un toro o un carnero. Para mí un equino es un equino, un vacuno un vacuno y un ovino un ovino, y aunque teóricamente sé lo que es una yegua o un caballo, una oveja o un carnero, sin embargo no estoy en condiciones de utilizar prácticamente estos conocimientos, y tampoco soy capaz de determinar cómo y cuándo los adquiriré. Sin lugar a duda, detrás de todo esto opera una antigua prohibición a la que se unen temores inconscientes ante la propia castración. A la bonita edad de cincuenta y cuatro años llegué a ser dueño de un hermoso gato. Lástima que usted no pudo compartir la admiración que se apoderó de mí el día que alcancé a percibir sus testículos.

Con esto estoy otra vez en el terreno de la castración, y tengo que decir aún dos palabras sobre algunos animales a quienes se les utiliza simbólicamente y que llevan una extraña existencia en las oscuridades del alma humana. ¿Se acuerda usted de cuando estuvimos juntos en el Wannsee ante la tumba de Kleist? Hace ya mucho tiempo, los dos éramos jóvenes y capaces aún de entusiasmarlos y nos habíamos prometido Dios sabe que sublimes vivencias de esta visita a los restos de nuestro escritor preferido. Y mientras usted, penetrada de piadosa reverencia, miraba hacia el sagrado sitio, de donde yo había cortado una hoja de hiedra, le cayó una inocente oruga en su cuello. Usted dio un grito, se puso pálida y comenzó a temblar y se olvidó de Kleist y de todo lo demás. Yo sonreí, quité la pequeña oruga y me hice el fuerte y poderoso. Pero si usted misma no hubiese estado tan ocupada con sus propios miedos habría sin duda notado que yo quité la oruga con la hoja de hiedra, pues me daba verdadero terror coger la oruga con las manos. Pero ¿qué vale la fuerza y el coraje contra los símbolos? Cuando, a la vista de ese rabito reptante, cae sobre nosotros la masa del incesto con la madre, la masturbación, la castración del padre y la propia, nos convertimos en niños de cuatro años y no podemos hacer otra cosa.

Ayer pasé por esa glorieta que tiene una vista tan hermosa, allí donde se reúnen siempre gran cantidad de cochecitos de niños, columpios y niñeras. Una niña mofletuda y gorda, de tres años de edad, llevaba en la mano, radiante de contenta, una larga lombriz para enseñársela a la madre. El animalito se movía flexiblemente entre los pequeños dedos de la niña, pero la madre dio un grito y, a la vez, un golpe en las manos de la pequeña. “¡Ay, qué asco!”, y con la punta de la sombrilla lanzó al animal lejos, mientras, pálida del susto, seguía riñendo a la niña y limpiando con viveza las manos de la pequeña. No me hubiese costado nada indignarme ante la actitud de la madre, pero la comprendía muy bien. ¿De qué vale toda la sabiduría

darwiniana sobre la benéfica actividad de la lombriz de tierra frente a un anélido de color de carne que se mete por los agujeros?

“¡Ay, qué asco!” Esta es toda la sabiduría educativa de la madre. Todo lo que al niño le gusta se le hace asqueroso de esta manera. Y contra esto no se puede decir nada. La alegría en hacer aguas o en gozar de la presión de la orina y excrementos no se puede permitir, pues, según se cree -y si es cierto o no, yo no lo sé-, sino el hombre queda sucio. Pero yo tengo que pedirle a usted que, en nombre de la ciencia, deje correr libremente su orina por piernas y brazos, sino no va usted a creer lo que los niños gozan en ello, y seguirá considerando a los mayores que se permiten tales cosas como perversos, antinaturales, lascivos y enfermos. Lo único enfermo en todo ello es el miedo. Inténtelo usted. Lo único difícil es hacerlo con naturalidad. Esto es sobremanera difícil. Se me ha informado de vez en cuando sobre el experimento, que, por de pronto, no le aconsejo a usted, y, por lo que puedo creer, se hace alejando antes de la casa a todo bicho viviente; luego se ha encerrado uno en el cuarto de baño y metido desnudo en la bañera -como yo había aconsejado-, con el fin de poder lavarse inmediatamente después. Y, sin embargo, el mismo líquido, que tan sucio nos resulta sobre la piel, lo traemos continuamente dentro de nosotros y ni siquiera pensamos en ello. ¿No son extraños los hombres? A pesar de todas estas medidas de prudencia, el miedo a hacer algo prohibido quedó subsistiendo, pero el placer llegó. Ni uno solo se ha atrevido a negar que fuese placentero. ¡Qué cantidad enorme de potencialidades reprimidas es necesaria para cubrir de temores unas acciones que cualquier niño realiza con la mayor naturalidad! Y ahora el experimento de dejar debajo de sí la caca y tumbarse encima de ella. Ya el hecho de la manera de hacerlo cuesta semanas y semanas de cavilaciones, y apenas tres o cuatro de todos aquellos que, sedientos de saber, investigaban bajo mi dirección los secretos del subconsciente han tenido suficiente valor para ello. Pero lo que yo afirmaba lo han podido constatar. Ay, amiga querida; cuando usted lee algo filosófico lo hace como se hacía al leer al leer los artículos de Karlchen Miessnick. También cuando usted lee mis cartas. La seriedad no casa bien con el absurdo. Solamente la vida misma, el Ello, entiende algo de psicología, y los únicos transmisores de su palabra son ese par de grandes poetas que han existido.

Pero no quería hablar de estas cosas, sino más bien iniciar algunas consideraciones sobre las consecuencias del “¡Ay, qué asco!” y nuestras relaciones con la lombriz de tierra. Usted las puede luego extender, según le plazca, a otros animales, plantas, personas, pensamientos, acciones y objetos proscritos por la masa. Lo dejo a sus propias reflexiones. Y no olvide de tener bien en cuenta la dificultad de toda investigación en las ciencias naturales. Freud ha escrito un libro sobre lo prohibido en la vida del hombre. Él lo llama tabú. ¡Léalo usted! Llegará a espantarse. Y a asombrarse de lo que, a pesar de todo, el espíritu humano ha sido capaz de llevar a cabo. Y acabará usted preguntándose: ¿Cuál será la razón de que el Ello del hombre juegue de una manera tan extraña consigo mismo, que se cree a sí mismo tantos estorbos simplemente para luego trepar por encima de ellos con tanto trabajo? Y, finalmente, se apoderará de usted una gran alegría. Usted no se imagina cuán grande es esa alegría. Yo me imagino que más o menos así ha de ser el sentimiento de veneración.

Como usted sabe, la educación no elimina nada. Únicamente reprime. Tampoco mata la alegría que sentimos ante la lombriz de tierra. Hay una forma muy extraña en que reaparece. Se trata de la lombriz intestinal. Los gérmenes de este huésped de nuestro intestino están, creo yo, en todas partes; consiguen penetrar en el vientre de todas las personas una y mil veces. Pero el Ello no puede sacar provecho alguno de ellos y los mata. Solo que un día le sobreviene al Ello de esta o aquella persona un nostálgico recuerdo de la lombriz de tierra. Se ríe de los ascos de la madre, le juega una mala pasada y, a la vez, se acuerda de que la lombriz también es un niño. Entonces se ríe más todavía y comienza a jugar al embarazo con el ascáride, y llega un día en que quiere jugar a “castración” y a “tener niños”. Y entonces deja salir al gusano -¿o se trata más bien de pequeños gusanos con cuya ayuda uno se permite meter el dedo en el ano, es decir, hacer masturbación anal en gran escala?-, y entonces deja salir los gusanos por el orificio de atrás.

Por favor, lea usted este pasaje al inspector de Sanidad. Se va usted a divertir a lo grande al observar cómo reacciona ante esta teoría seriamente concebida procedente de un serio colega y que habla de la disposición a caer en determinadas enfermedades.

Ahora voy a contarle aún una historia que tiene por protagonista a un molusco. Se relaciona con una

conocida de ambos, pero no voy a decirle el nombre, pues usted sería capaz de tomarle el pelo. Fui a dar un paseo con ella, y de repente se puso a temblar, se quedó pálida como la cera y su corazón comenzó a palpar con tanta vehemencia que se le podía notar el pulso a simple vista en las arterias del cuello. Se le llenó la frente de sudor y, poco después, devolvió. ¿Que había pasado? Una babosa cruzaba el camino. Nosotros habíamos estado hablando de la fidelidad y ella se había quejado de su marido, a quien suponía que no andaba por buenos senderos. Ya hacía tiempo que le había venido la idea -confeso'- de cortar el pito y pisárselo. Y la babosa debía ser ese pito cortado. Esto parecía aclarar suficientemente las cosas, pero yo no sé por qué razón no me satisfacía del todo, y, sin más, me puse a afirmar que debía haber algo más detrás de todo esto. Para llegar a tales extremos de celos tiene que ser uno mismo infiel. Nuestra común amiga no había pensado en el miembro de su marido, sino en el mío. Reímos ambos, pero como yo no quería dar de lado a mi magisterial papel, me puse a darle una pequeña conferencia. "Usted está entre la espada y la pared -le dije-. Si usted me ama, le es infiel a su marido, y si usted ama a su marido, me engaña usted a mí y a su gran amor hacia mi persona. No es de extrañar que usted no pueda seguir adelante, pues se ve ante la necesidad de pisar al molusco, es decir, al miembro de uno o de otro". Tales cosas no son nada raras. Hay personas que se enamoran en los primeros años de juventud y conservan este amor como ideal de su vida, pero se casan con otro. Están de malhumor, es decir, le han hecho algún daño a la otra parte y, por eso, están enfadas con ella; entonces recurren a aquel primer amor, comparan uno y otro, lamentan haber equivocado en el matrimonio y, poco a poco, van encontrando mil razones para demostrarse lo malo que es aquel con quien se han casado y a quien han ofendido. Esta postura es astuta, pero, por desgracia, demasiado astuta. Pues les sobreviene la idea de que, por tomar el segundo amor, fueron infieles al primero, y por retener el primero, son infieles al segundo. ¡No cometerás adulterio!

Tales fenómenos, que tienen gran alcance, se comprenden difícilmente. Durante mucho tiempo he buscado la razón de por qué tales personas -que no son nada raras- se colocan en este estado de infidelidad ininterrumpida. Aquella amiga me ha descifrado el enigma, y por eso le cuento propiamente a usted la historia de la babosa. La amiga en cuestión tenía, pegada a la entrepierna, en la parte interior del muslo superior, una pequeña protuberancia más o menos de un dedo de larga y semejante a un rabito. Le molestaba muchísimo. De tiempo en tiempo se le hacía una llaga. Una curiosa coincidencia hizo que la llaga apareciera un par de veces durante mi tratamiento, y desapareciera cada vez que salían a la superficie manifestaciones de carácter homosexual. Hacía ya tiempo que se le había aconsejado operar esa formación, pero no había hecho caso. Le hable un poco al corazón, y resultó que el rabito lo conservaba por amor a su madre. De esta madre había ella afirmado sin cesar que la había odiado toda su vida. Yo, sin embargo, jamás llegué a creérselo, aun cuando era incansable en demostrar esta odio a través de mil historias. No se lo creí porque su simpatía hacia mi persona, muy grande sin duda, presentaba todos los caracteres de una transferencia del amor a la madre. Fue necesario mucho tiempo, pero al fin logramos reconstruir un mosaico, naturalmente borroso, en el que aparecía todo: el ardiente amor a la madre, a los pechos, a los maternales brazos, su represión en favor del padre como consecuencia de un embarazo, la aparición del odio con sus restos homosexuales. No puedo darle a usted detalles, pero el resultado fue que aquella mujer, cuando la vi al año siguiente, estaba ya operada y ni temía a la infidelidad y las babosas. Usted puede creer lo que quiera, yo por mi parte estoy convencido de que el rabito le creció por amor a su madre. Y ahora permítame usted que añada que la babosa es también un símbolo ambiguo, que, por su figura y sus tentáculos, es un falo; pero, por su mucosidad, es el órgano femenino. Científicamente, la babosa está considerada como hermafrodita.

También voy a contarle una historia del axolotl. Usted ha visto al animalito en el acuario de Berlín y sabe perfectamente la semejanza que tiene con un embrión. Allí, en el acuario, ante la pileta del axolotl, vi cómo se desmayaba una mujer en mi presencia. Odiaba también a su madre, por lo visto, como acontece siempre. Le gustaban mucho los niños, pero había empezado también a odiar a la madre con ocasión de un embarazo y, a pesar de su deseo, no ha podido tener niños. Examine usted atentamente a las mujeres que no tienen hijos si es que están realmente locas por tenerlos. Esta es la tragedia de la vida, que, a menudo, puede cambiarse. Pues todas estas mujeres -no dudo en decir: todas- alimentan en su corazón odio a la madre, pero detrás, en una esquina, está triste y arrinconado el reprimido amor. Ayúdeles usted a librarse de sus represiones y esas mujeres buscarán y encontrarán un hombre que, con ellas, engendrará un hijo.

Podría hablarle de esto todavía un rato, pero me tiene captada la atención un espectáculo del cual le quiero hablar a usted. Lo mejor viene al final. Debe usted saber que, mientras esto escribo, estoy sentado en una terraza, desde donde veo todos aquellos cochecitos de que le he hablado. Delante de mí están jugando dos niños, un niño y una niña, con un perro. El perro está caído de espaldas y ellos le rascan el vientre, y cada vez que, como consecuencia de las caricias, aparece el rojo pene del animalito, los niños se ríen. Finalmente han ido ya tan lejos que el perro acaba arrojando su semen. Esto ha puesto serios a los niños. Se fueron corriendo para donde estaba la madre y no se ocuparon más del perro.

¿No ha visto usted nunca como personas mayores se entretienen en hacer cosquillas a su perro con la punta de la bota? Recuerdos de la infancia. Y como los perros no pueden hablar, hay que observarlos y ver lo que hacen. Hay muchos que reaccionan al olor de la sangre del período, y muchos que se masturban en la pierna de alguna persona. Y si los perros callan, pregunte usted a las personas. Usted tiene que preguntar con todo atrevimiento, si no, no responden. Pues también el bestialismo es considerado como perversidad. Y las vivencias tenidas con el perro están profundamente reprimidas. Pues el perro no es solamente un animal, es también un símbolo del padre, del guau-guau.

¿Le gustaría saber más cosas sobre los animales? Bien. Póngase durante un par de horas ante la jaula de los monos en el Jardín Zoológico, y observe usted a las crías. También puede usted echarle un par de miradas a los mayores. Si en esas dos horas no aprende usted más cosas sobre el alma humana que todo lo que pueda estar en cientos de libros, nos es usted digna de tener ojos en la cara.

Le saluda su fiel

TROLL

Volver News-3 ALSF